

## PRESENTACIÓN DEL LIBRO “70 AÑOS DE CRÓNICAS POLICIALES”

JUAN CARLOS ESCOTET

**04 de Julio de 2018**

El periodismo vive su momento más controvertido. Durante la Segunda Guerra Mundial, en Europa y Estados Unidos, se repetía: nunca antes la mentira se había impuesto de manera tan abrumadora. En el planeta se estaban produciendo dos guerras de forma simultánea: la guerra militar y la guerra en contra de la verdad. La cantidad de noticias falsas y rumores que circulaban era torrencial e incesante. En un estudio de opinión que los servicios de inteligencia de Inglaterra realizaron en julio de 1944, se preguntaba a ciudadanos de todo el país, cuáles eran las últimas cinco noticias que recordaban. El resultado fue alarmante: la mayoría eran especulaciones, supuestos y noticias de hechos inexistentes.

Entonces comenzó a repetirse la frase, que todos hemos escuchado alguna vez, que dice, la primera víctima de toda guerra es la verdad. Han transcurrido más de siete décadas de aquellos años terribles, pero cada día hay más evidencias de que hoy, en numerosos sentidos, las cosas son más complejas que entonces.

Una de las diferencias fundamentales entre aquellos años y los nuestros, es que las mentiras de la guerra actuaban en contra de la voluntad de las personas. En la ciudadanía había una avidez permanente, una necesidad siempre insatisfecha de saber, por ejemplo, si los familiares que combatían seguían con vida. La gente no quería que le mintieran. Querían tener acceso a información fiable de qué ocurría en los frentes de combate, para así poder estimar, con base en datos ciertos, si el propio país estaba en rumbo de ganar o perder la guerra.

Ahora la crisis de la verdad tiene un origen y un carácter distinto. A pesar de que buena parte del mundo no está en guerra, la presencia pública de la mentira es constante. Y esto pasa, entre otras razones, porque hay inmensos segmentos de la sociedad dispuestos a dar crédito a versiones distorsionadas de la realidad. Especialistas con el debido criterio y experticia en la materia, han expresado su convencimiento de que hay una preferencia por la mentira, en desmedro de la verdad.

Capas y capas de la población prefieren las afirmaciones o discursos que coinciden con sus prejuicios o sus expectativas. Desean escuchar, exclusivamente, lo que les complace. Se consume solo aquello que coincide con los propios pensamientos y se repele lo que matiza o va en sentido contrario. Está

pasando, y esto debe remover nuestros pensamientos, que hay un rechazo activo a la verdad. Se la trata con desdén, impaciencia o simplemente no se la escucha.

A lo largo de las tres o cuatro últimas décadas nos hemos vuelto habituales de la sospecha. La sucesión de engaños y escándalos, casos de corrupción y fraudes de todo tipo, han modificado nuestra relación con lo real. Vemos el mundo a través del lente distorsionado del malestar. Nos hemos ido endureciendo: no escuchamos, nos negamos a reconocer los hechos, recibimos con desprecio toda afirmación que vaya en sentido opuesto a nuestros criterios preliminares.

Muchos de ustedes recordarán que, en el 2017, la Academia de la Lengua introdujo el término posverdad, que la definió como “la distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales”. En las noticias falsas, en las llamadas fake news, las personas encuentran recompensas, como si la incertidumbre, los hechos extremos y escandalosos, las consideraciones que lo ponen todo bajo sospecha, produjeran algún tipo de gratificación psicológica o emocional, que impide que las personas se formulen la pregunta de si tales afirmaciones son verdaderas o no.

Aunque carezcan de asidero e, incluso, aunque vayan en contra de la lógica o hagan trizas el sentido común, aun así, el torrente de noticias falsas tiene adeptos, agentes multiplicadores, millones y millones de seguidores en todos los países. En ese torrente circulan, como todos bien sabemos, odios, falsas creencias, cuestionamientos, pases de factura, medias verdades, o pedazos de verdades a las que se rodea de falsedades.

No solo son innumerables las personas que viven desinformadas y en estado de prejuicio; no solo hay un constante circular de informaciones distorsionadas, sino que, para complicar todavía más las cosas, hay industrias de todo tamaño, repartidas por todo el planeta, negocios de la posverdad, dedicados a fabricar mentiras con apariencia de verdad, a poner en circulación noticias trucadas para fines oscuros y destructivos.

Los promotores de rumores y supuestos, los fabricantes de bulos, los difamadores de oficio, han encontrado en las redes digitales las ventajas necesarias para operar de forma exitosa: alcance planetario, velocidad, posibilidad de actuar de forma anónima. Las redes digitales han derivado en redes de desinformación y de aniquilación de la confianza en las personas y en las instituciones.

Recientemente, el Centro de Ciencias de la Complejidad de Viena ha mostrado con cifras, que las noticias falsas son seis veces más rápidas que las noticias verdaderas. Un tuit que contiene una noticia verdadera, rara vez supera los mil retuits. Una noticia falsa, si tiene el poderío y la dosis de escándalo necesario, puede lograr entre diez mil y cien mil retuits. La manera en que las falsas noticias se han utilizado en varios países para objetivos políticos, en los que se vulnera la democracia, señala la peligrosidad de lo que está ocurriendo.

La falsa noticia es una técnica: resalta por el uso de ciertas palabras; toma en cuenta solo unos hechos y oculta otros; hace uso indiscriminado de generalidades y eufemismos. Una de sus herramientas fundamentales es la visceralidad: el convertir cada asunto en confrontación, en motivo para establecer una franja que separa a dos bandos. En cierto modo, la posverdad es hija de la propaganda más erosiva y oportunista. Las emociones negativas se perciben como más intensas que las positivas, más fácil resulta el odio que la admiración, más inmediata la descalificación que el reconocimiento.

La posverdad produce cápsulas, burbujas o enclaves, cuya característica más resaltante es la de evitar el intercambio con los que piensan de otro modo. Las cápsulas se alimentan a sí mismas, son impermeables a datos y pensamientos divergentes. Expertos de la Universidad de Harvard han descrito las similitudes que existen entre las sectas religiosas y las burbujas de las redes sociales.

En épocas de alta conflictividad, la posverdad incrementa su circulación. Cualquier tema le sirve para poner en marcha los tres pasos principales de su método: en primer lugar, mezclar lo real con lo inventado; en segundo lugar, especular con evidente afán de distorsión; y, en tercer lugar, descalificar, de forma abierta y descarada, a la verdad. Cualquiera de nosotros puede comprobarlo: la mentira ha perdido su vínculo con la vergüenza. De hecho, mentir es, socialmente, cada vez menos reprobable, salvo si sirve como combustible para los escándalos.

Es en este escenario donde los ciudadanos volvemos nuestra mirada al periodismo. Del mismo modo en que advertimos que la verdad nunca ha sido tan acosada como en nuestro tiempo, podemos decir: nunca antes el periodismo ha sido llamado a cumplir un papel tan determinante como el que le toca afrontar en estos tiempos de posverdad.

Ahora mismo no hay otra herramienta, de potencial más eficaz, que el buen periodismo, si se quiere restituir el vínculo entre los ciudadanos y los hechos públicos. Más allá de las particularidades que son propias de los distintos

géneros, solo el periodismo y los medios de comunicación pueden restablecer lo real, lo cierto, en el aprecio de los ciudadanos.

A lo largo de este 2018 ha venido produciéndose un interesante fenómeno, todavía en su primera etapa: han aparecido en twitter cuentas especializadas en detectar noticias falsas sobre determinados temas: las denuncian, describen las manipulaciones que contienen, ofrecen, en lo posible, los datos ciertos correspondientes a determinados hechos. Una iniciativa que ha involucrado a centenares de diarios de Europa, ha derivado en la publicación de unos avisos que se titulan, Consejos Para Identificar Noticias Falsas, que contiene 10 criterios que pueden ayudar al lector a identificar los engaños. El gobierno de Francia está intentando crear políticas públicas que minimicen el impacto de la manipulación, y que sirvan de ejemplo para toda Europa.

Pero estas iniciativas, sin dejar de reconocer sus indiscutibles méritos, están lejos de ser suficientes. De hecho, les ocurre lo mismo que a la verdad: tienen pocos seguidores. Esto nos devuelve al potencial que tiene el periodismo de constituirse, una vez más, en un gran muro que haga visible la condición imprescindible que tiene la verificación de lo que se afirma.

El periodismo se fundamenta en prácticas, experiencias, reglas y mecanismos profesionales, capaces de distinguir lo verdadero de lo falso. Rescatar o reivindicar estos modos de hacer, debería servir, por ejemplo, para evitar la práctica del linchamiento digital, en la que, a veces, medios de comunicación y redes digitales, toman parte activa, de forma conjunta.

Este “70 años de crónica policial” es el octavo volumen de una serie que se ha propuesto destacar los valores de calidad y profesionalismo que han sido signo del periodismo moderno en Venezuela, desde los años cuarenta del siglo XX a nuestro tiempo. Antes de este título, Banesco ha publicado otros siete volúmenes que, en conjunto, arrojan un panorama imprescindible para comprender al periodismo venezolano de las últimas siete u ocho décadas.

¿Qué demuestran estas ocho recopilaciones? Que el periodismo venezolano tiene la contextura necesaria para afrontar el doble desafío que tiene por delante: el primero, erigirse como una alternativa rigurosa y potente ante el despliegue de la posverdad. Estoy seguro que, mejor que los discursos y las advertencias, son los contenidos rigurosos y bien escritos, el periodismo que hace de la verdad su mejor emblema.

El otro desafío, cada día más urgente, es el que se levanta ante toda la sociedad, y que se refiere al destino posible, aquí y ahora, de la democracia venezolana.

Cierto es que todos, sin excepción, estamos interrogados. Nadie vive ajeno a la pregunta sobre el futuro inmediato de Venezuela. Pero dicho esto, no es posible menoscabar, ni olvidar ni dejar atrás el papel que ha correspondido y corresponderá al periodismo y los medios de comunicación. Se trata de una tarea enorme, profesional, ciudadana y democrática, que debe continuar a pesar de las dificultades, por el bien del oficio, de la verdad y de los millones de venezolanos que a diario luchan por una vida mejor.

Muchas gracias.